

YO

DIBUJANTE DE COMICS

Acababa el verano. Ese 20 de setiembre de 1977 era un hermoso día de sol. Como suele escribirse, nada hacía presagiar la tragedia. Estábamos en las oficinas que la editorial **Amaika** tenía alquiladas en la Plaza de Castilla, de Barcelona. **Amaika** editaba, entre otras, las revistas **EL PAPUS** y **EL CUERVO**. **EL PAPUS** tenía, en esos momentos, un excelente equipo de profesionales que hacían una crítica áspera y dura en contra de organizaciones, grupos e individuos que se aprovechaban o podían aprovecharse de la difícil situación económica del país, para conseguir prebendas descaradas en beneficio de causas muy oscuras.

Esta crítica provocaba llamadas telefónicas al **PAPUS**, por supuesto anónimas, insultando a todo quisque, a la madre que nos parió y a nuestras generaciones pasadas y venideras. También nos llegaban cartas cargadas de amenazas y de insultos, casi siempre anónimas, porque algunas venían firmadas con la fatídica triple "A". Unos meses antes, en marzo o abril de aquel año, nos visitó en la redacción un pequeño líder de la extrema derecha, acompañado de dos acólitos de especial catadura, que no nos comió porque **Echarri**, el director, le echó bemoles al asunto. A partir de entonces hubo un clima tenso en la redacción de la editorial, que combatíamos con bromas y una gran dosis de optimismo.

Pero los fascistas actuaron. Ese 20 de setiembre de 1977 reunió en la redacción a periodistas, fotógrafos y colaboradores asiduos para preparar los números semanales de las diferentes revistas que editaba **Amaika**. Como aún desconocía el tema que tenía que hacer, me puse a dibujar en una historieta que debía publicarse en otra revista, **TROCHA**, que, pese al esfuerzo de algunos compañeros, se hundió. La his-

torieta, que la he terminado ahora, es **EL DOMINGO ROJO**. Casualidad. Esa mañana, pues, estaba trabajando sobre la página tres... Y estalló. Fue un alarido. Saltó la mesa, y el tintero que estaba en ella, y yo mismo. La página tres se manchó, ¿quién se acordaba de la página? La gran ventana situada a mi izquierda reventó y entraron los cristales gritando de dolor. Una estantería a mi

gía el corazón. **Echarri** y yo —otra vez **Echarri**— nos acercamos a lo que ahora debía de ser la salida, andando como funámbulos sobre montículos de formas extrañas y el instinto alerta para no agarrar cables de dudosa estética, buscando algo, no sabía qué, hasta que localizamos el lugar que tenía que ocupar la telefonista. La onda expansiva la lanzó a la calle. Encontramos el cuerpo irreconocible, por lo muti-



derecha se cansó de sostener libros y los vomitó todos, cayendo con ellos. Todo fue muy rápido —también se suele escribir esto—, todo tenía como vida propia. Me levanté del suelo más confuso que de costumbre, y los tímpanos de mis oídos bailaban una danza loca, casi alegre. No puedo olvidar a **Oscar**, que apareció más a mi derecha, de rodillas, desencajado en su enorme grito; él fue quien me sacó del marasmo... Perplejo todavía, salí sorteando ya ruinas, hasta el pasillo. Flotaba el polvo por todos lados, y percibí, al fondo, lo que antes fue la entrada de la editorial. Tubos, cables y muros abiertos presentaban una arquitectura de caos que enco-

lado, de un hombre, que dos minutos antes se llamaba **JUAN PEÑALVER**, al que, con su retraso en la entrega del paquete que llevaba la bomba, debemos la vida cerca de veinte personas...

Los misteriosos designios que controlan (?) los destinos de este país debieron de considerar que aquello fue un accidente, o algo así, porque no hay inculpados en este trágico suceso. Mucho hilo habría que tirar para llegar al ovillo de la verdad, y mucho asesino de corbata y cargo debería sentarse en el sitio del reo, pero las asociaciones esotéricas no cejan en sus mezzquinos afanes... ¡Pobre ESPAÑA!

A. USERO